

LA FIGURA DEL REX SACRORUM Y LA PRIMITIVA MONARQUÍA ROMANA

por Manuel-Antonio MARCOS CASQUERO

RESUMEN

Los datos que los autores greco-romanos nos proporcionan sobre el *Rex Sacrorum* nos presentan a éste como heredero de los poderes religiosos que inicialmente estaban en manos del Rey. El *Rex Sacrorum* sintetiza en su persona las fuerzas divinas que los tres *flamines maiores* encarnan analíticamente. La ceremonia del *Regifugium* —vinculada al ciclo anual de la naturaleza— evoca el recuerdo primitivo de un estadio matriarcal y exogámico en que el rey debía poner anualmente en juego su título.

The data which the greek and roman authors give us about the *Rex Sacrorum* show this one as if he were the heir of the religious powers that at first belonged to the King. The *Rex Sacrorum* represents himself the divine forces that the three *flamines maiores* personify in an analytical way. The ceremony of the *Regifugium* —connected with the annual cycle of nature— evokes a matriarcal and exogamic state in which the King had to risk his title in a competition every year.

Palabras-clave: *Rex Sacrorum*, monarquía romana, *Regifugium*, ciclo natural, matriarcado.

La existencia en Roma de un *Rex sacrorum*, de flámenes, pontífices, vestales, augures, arúspices, salios, arvales, lupercos, fetiales, *virii sacris faciundis*, *virii epulones*, *sodales Titii*... podría, a primera vista, dar la impresión de que nos hallamos ante una religión eminentemente sacerdotal. Pero un análisis detenido de aquellos sacerdocios nos llevaría a establecer una doble agrupación: en una primera, encuadraríamos al *Rex sacrorum*, los flámenes y los pontífices, como sacerdocios de categoría superior; y en una segunda, a los restantes cargos sacerdotales, caracterizados por ser colegios o hermandades de funciones concretas y limitadas por su propia especificación cultural.

El tiempo ha sido implacable con el que fuera importante estudio de Fustel de Coulanges, *La cité antique*¹. Parte de sus ideas están superadas, pero

(1) FUSTEL de COULANGES, *La ciudad antigua*, Ed. Iberia, Barcelona 1965; trad. esp. de O.A. MARTIN. La 1.ª ed. francesa data de 1864.

aún resulta muy razonable su concepción del origen del sacerdocio. Para el sabio francés, la evolución histórica del mundo antiguo estuvo principalmente condicionada por los factores religiosos, que encuentran su germen en el núcleo humano más primitivo y más elemental: el núcleo familiar. La religión nace en el seno de la familia y gira en torno a dos ejes básicos estrechamente vinculados entre sí: el fuego del hogar y los difuntos familiares que se sepultan bajo la casa misma en que vive la familia y a quienes ésta rinde un culto peculiar. Esa religión y ese culto era privativo de la familia, eminentemente doméstico, independiente de cualquier otro culto de una familia distinta. Podrían aplicársele las palabras de Varrón, *L.L.* 7, 28: *suo quisque ritu sacrificium faciat*. «El padre —escribe Fustel de Coulanges²— único intérprete y único pontífice de su religión, era solamente quien podía transmitirla y enseñarla, y sólo a su hijo. Los ritos, los términos de la oración, los cantos que formaban parte esencial de esa religión doméstica, eran un patrimonio, una propiedad sagrada, que la familia no compartía con nadie, y que incluso estaba prohibido revelar a los extraños».

Motivos muy diversos —económicos, defensivos, etc.— empujan a algunas familias a la agrupación. Surge así la fratría, es decir, la asociación familiar que, en el mundo griego, por ejemplo, está en los orígenes de los dorios, aqueos, jonios, etc. Pero en la fratría cada familia permanece religiosamente independiente: mantiene su culto particular.

La unión de varias fratrías hace aparecer la tribu. Así, entre los aqueos, los jefes de cada *γένος*, en cuanto dueños de tierras, formaban alianza —*φρατρία*— que cuando a su vez se aliaban entre sí o eran muy numerosas, recibían el nombre de *φυλή*, tribu, a la cabeza de la cual, de entre los dirigentes de cada familia, se nombraba un *φυλοβασιλεύς*.

La fusión de varias tribus dio origen a la ciudad. En este momento del proceso, un *paterfamilias* tiene la capacidad suficiente para imponer su autoridad al resto de las familias o de las fratrías. Se convierte así en dirigente político o militar —*rex*, *βασιλεύς*—, que termina por imponer también al resto de los integrantes el culto a los dioses de su propia familia, de la que continúa siendo el sumo sacerdote. Entendamos así lo que Aristóteles dice en su *Política* 6, 5, 11: «El cuidado de los sacrificios públicos de la ciudad pertenece, según la costumbre religiosa, no a los sacerdotes especiales, sino a esos hombres que reciben su dignidad del hogar, y que se llaman reyes aquí, príncipes allá, arcontes más allá».

Pero cuando la tribu o la ciudad extiende sus dominios y se multiplican las actividades y preocupaciones del *Rex*, éste se ve en la necesidad de «delegar» en otras personas parte de sus funciones. Pero, ¿en quién las delega? No en el flamen³, que se ve rodeado de una lista interminable de prohibiciones y

(2) FUSTEL de COULANGES, *La ciudad antigua*, Barcelona 1965, p.41.

(3) PLUTARCO, *Q.R.* 40; 44; 50; 109-113; AULO GELIO 10, 15; Festo-Paulo 65; 70-79; 92; 114-115; 295 L; TITO LIVIO 5, 52, 13; etc. Cfr. DUMÉZIL, G. «*Flamen-Brahman*», *Annales du Musée Guimet* 51, 1935, y «*La préhistoire des flamines majeurs*», *RHR* 118, 1938, 187-200.

tabúes que coartan grandemente su campo de actuación. Por otro lado, cada uno de los *flamines maiores* (*Dialis*, *Martialis* y *Quirinalis*) solamente atiende a un aspecto concreto de la religión, vinculándose y encarnando así cada uno de ellos un tercio de la función sagrada representada por Júpiter, Marte y Quirino.

Tampoco las delega en el *Pontifex Maximus*, que inicialmente parece haber sido el auxiliar activo en la celebración de los sacrificios, en los cuales actuaba como conocedor experto y guardián del ritual. Por otro lado, siempre subsiste el enigma de saber cuál era la primitiva función del Pontífice a tenor de lo que parece significar la etimología de su nombre.

La figura que más lógicamente podría haber asumido las funciones religiosas del rey es el *Rex sacrorum* o *Rex sacrificulus* (o *sacrificiolus*). Y así parece indicarlo Tito Livio 2, 2, 1, cuando se refiere al momento de la abolición de la monarquía romana: «Ocupáronse enseguida de los asuntos divinos; y como en manos de los reyes había estado el privilegio de ofrecer por sí mismos determinados sacrificios públicos, para suprimir por completo la añoranza de que volvieran a existir reyes, se creó uno para los sacrificios».

Con el paso del tiempo el *Rex sacrorum* fue perdiendo su carácter de preeminencia religiosa al ser asumidas nuevas funciones por parte de los Pontífices. En época histórica el *Rex sacrorum* va a limitarse a presidir los sacrificios y los cultos que se celebran en la Regia, terminando su cargo por ser meramente honorífico. Pero precisamente esa preeminencia honorífica frente al flamen y al pontífice invita a defender la idea de que, si hubo una delegación de funciones religiosas por parte del rey en manos de otra persona, ésta debió ser el *Rex sacrorum*. Gelio 10, 15, 21, nos dice que el *flamen Dialis* preside un banquete sólo en el caso en que no asista al mismo el *Rex sacrorum*. Y en Festo-Paulo 195 L, leemos: «El *Rex* es considerado como el mayor de los sacerdotes. Después de él se encuentra el *flamen Dialis*; a continuación de éste, el *Martialis*; en cuarto lugar, el *Quirinalis*; en quinto, el *Pontifex Maximus*. Así, en una comida, el *Rex* se sienta por encima del *Dialis*, del *Martialis* y del *Quirinalis*; el *Dialis*, por encima del *Martialis* y del *Quirinalis*; y el *Martialis* por encima de este último; y todos ellos por encima del *Pontifex*: el *Rex*, porque es el más poderoso; el *Dialis*, porque es el sacerdote del Universo, que se llama *divus*; el *Martialis*, porque es el padre del fundador de Roma; el *Quirinalis*, porque Quirino fue llamado de Cures para ser asociado al Imperio Romano; el *Pontifex Maximus*, porque es el juez y el árbitro de las cosas humanas».

Pocas son las noticias que tenemos del *Rex sacrorum*, pero todas ellas llevan, en definitiva, a presentarlo como heredero del aspecto sagrado de los reyes, cuyas funciones religiosas parece asumir y cuya personalidad parece representar.

Sabemos por Ovidio, *Fast.* 1, 318ss. y por Varrón, *L.L.* 6, 28, que todas las kalendas, acompañado de la *Regina* y de la *Flaminica Dialis*, realiza un sacrificio en honor de Júpiter, Jano y Juno. Con tal motivo, y como presidente de los *Comitia Calata*, ese día anunciaba la fecha en que tendrían lugar

las Nonas; el día de las Nonas, a su vez, anunciaba las festividades que tendrían lugar hasta las Nonas siguientes.

Tengamos presente que todas las fechas que acabamos de mencionar están en estrecha relación con las fases de la Luna, detalle éste de gran importancia para determinar la figura del *Rex*. El día de la Luna en su cuarto menguante, en el primitivo calendario romano (que era de base lunar), correspondía al día 24. Pues bien; el 24 de marzo y el 24 de mayo, el *Rex* convocaba los *Comitia Calata*, posiblemente para sancionar los testamentos. También un 24 de febrero, como veremos dentro de un instante, tenía lugar una celebración directamente relacionada con el *Rex*: el *Regifugium*. Sin olvidar el magnífico estudio dedicado por Basanoff a esta festividad⁴, no debemos pasar por alto la opinión de Altheim⁵, quien cree que es preciso poner de relieve «una similitud con la realeza de los etruscos quienes, al comienzo de cada cuarto de mes lunar, saludaban a un soberano en público, y con ese motivo le exponían sus problemas relacionados con asuntos de Estado pendientes. También entre los etruscos, las fechas de aparición pública del rey, no sólo en el dominio cultural, estaban fijadas por las fases de la Luna».

Esta relación del rey con el cielo, y su vinculación con la Luna en cuanto cuerpo astral y celeste, regulador del tiempo, confieren a su figura un carácter divino y soberano que lo lleva a considerarse como una representación del dios en la Tierra; y precisamente del dios soberano, Júpiter. En época primitiva, el rey —como más tarde el general vencedor— encarnaba en el momento del triunfo la figura del propio Júpiter, lo cual se reflejaba en los diferentes atributos que ostentaba durante el desfile. Así, el carro arrastrado por cuatro caballos blancos (que solo en semejante ocasión podían engancharse) era el correspondiente a la cuadriga celeste en que viajaba el Sol; la toga bordada con estrellas de oro simbolizaba el manto del cielo estrellado, atributo de Júpiter; la corona de oro que un esclavo del Estado sostenía sobre la cabeza del vencedor durante el desfile, había sido tomada para esta ocasión del tesoro del templo capitolino; el cetro coronado por el águila, emblema de Júpiter, era semejante al que portaba en sus manos el rey de los dioses; a imitación del rostro de la estatua cultural del templo, el representante humano de Júpiter debía velar en lo posible su rostro, por lo que durante el desfile llevaba embadurnada la cara con sangre o con minio.

Esta relación del rey con la soberanía divina (Júpiter) y con la guerra (Marte) —en cuanto aquí se nos presenta desfilando triunfal después de la batalla— lo hereda el *Rex sacrorum*. Por eso, en determinadas fechas (imposibles de precisar) las vestales acudían a casa del *Rex sacrorum* y le dirigían esta fórmula ritual: *Vigilasne, Rex? Vigila!* Es evidente que el *Rex* se nos muestra como poseedor de una poderosa carga mágica, en virtud de la cual la prosperidad de su pueblo está asegurada. Pero esa fuerza debe mantenerse es-

(4) BASANOFF, V. *Regifugium, la fuite du roi: Histoire et mythe*. Paris 1943.

(5) ALTHEIM, F. *La religion romaine antique*. Ed. Payot, Paris 1955; trad. franc. de H.E. del Médico; la 1.ª ed. alemana es de Berlín 1931-1933; pp. 172-174.

pecialmente alerta en determinados momentos, como puede ser la época de la guerra. Durante ese tiempo todas las precauciones son pocas: si el rey se durmiera, su sueño, por magia simpática, podría afectar a sus soldados en el momento de la batalla. Debe, por tanto, mostrarse en permanente vigilancia. Y nadie más apropiado para mantenerlo en vela que aquellas sacerdotisas que cuidan del fuego del hogar patrio en el templo de Vesta, situado al lado de la Regia, es decir, del Palacio real.

Precisamente en la Regia parecen concentrarse todas las fuerzas sagradas y religiosas de Roma en relación con el *Rex sacrorum*, apuntando de manera directa a su figura. El *Rex* se muestra especialmente aquí en estrecha vinculación con las tres funciones en que se distribuía, en la mentalidad indoeuropea, el poder divino, representado en Roma por la primitiva triada integrada por Júpiter (tercio o «función» soberana, legislativa y divina por excelencia), Marte (función guerrera) y Quirino (tercera función, agrícola y ganadera, más directamente relacionada con el pueblo). Pues bien, en la Regia se concentran y conjugan los tres tipos de culto: 1) Hemos visto cómo, con ocasión de las kalendas, el *Rex*, la *Regina* y la *flaminica Dialis* ofrecen un sacrificio a Júpiter, Jano y Juno. 2) Marte poseía en la Regia un *sacrarium* en donde se guardaba una serie de amuletos personales del dios, como los escudos sagrados (*ancilia*) y las lanzas proféticas (*hasta Martis*). 3) En otra capilla de la Regia era donde las vestales oficiaban los ritos particulares de Ops Consiva, la diosa de la abundancia agrícola, estrechamente vinculada al ámbito religioso de Quirino, el dios de la tercera función.

Esta apreciación desemboca —como atinadamente ha visto Dumézil⁶— en una conclusión que define muy bien la figura del *Rex sacrorum*. Cada una de las funciones tripartitas del ámbito divino está representada en la Tierra por la figura de un *flamen* (*Dialis*, *Quirinalis*, *Martialis*) que encarna a la divinidad de la que es titular, y que interviene, siempre de manera pasiva, sólo en el ámbito de la competencia de su función tripartita específica. Frente a ellos, la figura del *Rex* se nos presenta como un sacerdote activo, que sintetiza en su persona las tres fuerzas que en los flámenes actúan por separado, de manera aislada y administradas analíticamente. Es decir, en virtud de su propio título, el *Rex* es: 1) soberano, legislador, sacerdote (= *Dialis*); 2) guerrero (= *Martialis*); 3) alimentador y protector del pueblo (= *Quirinalis*).

Resulta revelador que el *Rex* sólo se relacionara una vez al año con los tres flámenes, cuando eran transportados los cuatro juntos en el mismo carro, que debía cruzar absolutamente cerrado las calles de Roma hasta el templo de *Fides*, en donde realizaban un sacrificio conjunto: bajo la presencia pasiva y silenciosa de los tres *flamines maiores*, el *Rex sacrorum* sacrificaba una víctima a *Bona Fides*.

Hemos dejado para el final el último dato que conocemos sobre el *Rex sacrorum*: el *Regifugium*. El 24 de febrero —fecha del cuarto creciente en el ca-

(6) DUMÉZIL, G. *La religion romaine archaïque*, Ed. Payot, París 1966, pp. 147-279.

lendarario lunar primitivo— el *Rex* acude, como siempre en estas fechas, a celebrar un sacrificio en el *Comitium* y saludar a la Luna para hacer sus precisiones relativas a las festividades que deben celebrarse. Pero en esta ocasión el ceremonial de costumbre experimenta una sensible alteración: apenas terminado el sacrificio, el *Rex* emprende una veloz carrera, una especie de huida.

Los romanos de época republicana lo interpretaban como una conmemoración evocadora de la huida del último monarca, la expulsión de Tarquino el Soberbio. Pero resulta innegable que ello no parece más que una interpretación de corte racionalista de algo cuyo sentido se escapaba a los romanos precisamente a causa de su primitivismo.

Altheim⁷ ofrece una interpretación más ingeniosa. Teniendo en cuenta que la fecha del *Regifugium* coincide con el último cuarto de la Luna, del último mes del año en el calendario primitivo, piensa que en ese momento el *Rex* personifica el final del año, que huye para dejar paso al nuevo año, cuya llegada es inminente.

Parece muy razonable admitir que nos encontramos ante un ceremonial de culminación de un ciclo: la siguiente fecha —24 de marzo— abre de nuevo el ciclo primaveral del año, con el despertar de la naturaleza y el inicio de una andadura que morirá al final del invierno. Y otro ciclo comenzará entonces. Ahora bien, si sostenemos que el *Rex sacrorum* personifica el año que concluye, y huye para dejar su lugar a otro que empieza, es lógico pensar que deberíamos encontrarlos con una ceremonia paralela que recibiera también, con una puesta en escena similar, al año que llega. Pero no tenemos el mínimo recuerdo de esa posible ceremonia. ¿Cayó tal vez en el olvido más absoluto? No debemos dejar, sin embargo, de lado la impresión que nos suscita el hecho de que semejante parodia parece concordar sobre todo de manera muy cercana con el extraño ritual de la expulsión de *Mamurius Veturius* del 15 de marzo.

Buceando en la ceremonia del *Regifugium* podríamos tal vez remontarnos hasta los estadios más arcaicos de la religión romana e indudablemente las conclusiones que alcanzamos supondrán una puntualización correctora de la teoría de Fustel de Coulanges a la que hemos aludido al principio. En síntesis, la idea motora sería ésta: en la monarquía romana el título de *Rex* era anualmente puesto en juego entre los aspirantes al mismo, obteniéndolo finalmente aquel que se erigiese en vencedor de la prueba. El reinado se vinculaba de forma indisoluble con el ciclo vital de la Tierra, cuya fuerza genética era encarnada por el rey. Este iniciaba su mandato en primavera, con el despertar de la naturaleza; y ponía nuevamente en juego su título cuando el ciclo agotado consumía, como en la vejez, las fuerzas que representaba. Sólo quien demostrase poseer las dotes físicas (que mágicamente transmitirían su actividad a la Tierra) sería la persona capacitada para ostentar el título de *Rex*. La figura del *Rex nemorensis*, el sacerdote de la Diana de Nemi, del bosque de Aricia, es un ejemplo claro de la creencia que movía y alentaba

(7) ALTHEIM, F. *La religion romaine antique*, Ed. Payot, París 1955, p.172-174.

este sacerdocio: el aspirante a *Rex nemorensis* debía disputarle el puesto al titular del mismo en una fecha precisa del año, y solo ocuparía su lugar si lograba darle muerte.

Pero aparte de la pervivencia de un *Rex nemorensis*, ¿existen otras pruebas que certifiquen que ésa era también la ideología subyacente bajo la figura del *Rex sacrorum*?

Recordemos un tema que la mitología y el folklore (y no sólo de Occidente) ha venido repitiendo una y otra vez desde la más remota antigüedad, y en el que, como es lógico, lo que menos importancia tiene son los nombres concretos de personajes y lugares: un extranjero llega al país y, después de someterse a una serie de pruebas en las que a menudo arriesga su propia vida, acaba por obtener la mano de la reina o de la hija del rey, lo que indefectiblemente lleva aparejado el trono o, al menos, una parte del territorio real⁸. En último término, lo que semejante argumento nos está revelando bajo tan sencillo ropaje es una realidad originaria de hondas e insospechadas resonancias: la práctica de la exogamia y la importancia del matriarcado, e implícitamente una manera de acceder al trono que no es hereditario por vía masculina⁹. Era la mujer de estirpe regia la que transmitía el título regio; y el rey era un extranjero que, mediante una serie de pruebas, demostraba su capacidad para el cargo. Pero no eran los hijos varones habidos en este matrimonio quienes heredaban el título de rey, sino las hijas. Ellas eran, por herencia, reinas; y ellas eran quienes conferían la realeza al marido que obtuviera su mano.

Incluso era lo normal que el rey desempeñase su reinado durante un año, al cabo del cual se veía obligado a defender su título frente a un aspirante. Caso de resultar vencedor, mantenía el cetro durante un nuevo ciclo anual. Semejante concepción es bien conocida en la cuenca oriental del Mediterráneo. El rey encarna la fuerza del dios. En el momento en que da señales de haber perdido esa fuerza debe ser substituido por otro. Su casamiento con la reina personifica una hierogamia: la consumación procreadora asegura la fertilidad de la tierra en virtud de la magia homeopática-simpatética.

¿Puede aplicarse semejante ideología a la religión romana? De entrada, resulta en verdad llamativo el proceso por el cual los diferentes monarcas romanos accedieron al trono. Salvo Rómulo, a quien se hace descender de la familia real de Alba, ninguno es hijo del rey precedente y ni siquiera, la mayoría de las veces, era romano. Es decir, que la transmisión del título real no se hacía por línea directa paterna, sino que se ponía en manos de personas que nada tenían que ver con el trono. Pero, además, llama poderosamente la atención la manera en que casi todos los reyes romanos concluyeron sus días.

(8) PROPP, V. *Las raíces históricas del cuento*, Ed. Fundamento, Madrid 1980, 3.^a ed., pp. 449-506. Trad. esp. de J. Martín Arancibia; la 1.^a ed. rusa es de Leningrado.

(9) Posiblemente la arcaica obligación por la que las mujeres romanas debían besar en los labios a los familiares que encontraran a su paso remonta a un principio exogámico. Cfr. MARCOS CASQUERO, M.A. «Plutarco, *Q.R.* 6 y 108: de vino, mujeres y besos», *Homenaje a C. Giner*, Salamanca, 1988, pp. 225-232.

Refiriéndose a Numa, Plutarco ¹⁰ dice que éste «acrecentó su fama por la suerte de los posteriores reyes, pues, de los cinco que reinaron después que él, el último fue depuesto, terminando su vida en el destierro, y ni uno solo murió de muerte natural: tres fueron asesinados, y a Tulo Hostilio lo aniquiló un rayo». En cuanto a esto último, otros autores ¹¹ cuentan que fue asesinado por instigación de Anco Marcio, su sucesor. Rómulo desapareció misteriosamente, y se acusó a los patricios de haberle dado muerte y descuartizado. Su colega en el trono, Tito Tacio, fue apuñalado en *Lavinium* mientras estaba efectuando un sacrificio público: unos ciudadanos tomaron el cuchillo del altar y allí mismo lo asesinaron, en una escena que evoca más un sacrificio que un asesinato ¹².

Con lo dicho hasta aquí, la ceremonia del *Regifugium* cobra un nuevo sentido. Terminado el sacrificio ritual, el *Rex* comienza una carrera en la que compite por su título real, posiblemente simplificación esquemática de lo que antes debía ser un combate en toda regla, en que el punto final era la muerte de uno de los contendientes. Así lo hará año tras año, en un ciclo temporal idéntico al de la naturaleza; y lo hará hasta que otro más fuerte y más ágil que él logre vencerlo y, seguramente, darle muerte. Y tal ritual estaría vigente hasta que un hombre lo suficientemente fuerte, prestigioso y dotado de los necesarios recursos para ello consiguiera permanecer en el trono lo bastante para conseguir reducir el combate, la carrera anual, a un simple simulacro de fuga, a una mera fórmula evocadora de un antiguo y salvaje ritual. El proceso civilizador que va suprimiendo los sacrificios humanos en la religión sustituyendo el rito literal por una figuración del mismo, actuó en el caso de *Rex* del mismo modo que en otros casos romanos cuyos ceremoniales podía reclamar el derramamiento de sangre humana; por ejemplo, los *argei*, como hemos demostrado en otro lugar ¹³.

(10) Plutarco, *Numa* 22.

(11) Tito Livio 1, 31, 81.

(12) Tito Livio 1, 14.

(13) MARCOS CASQUERO, M.A. «Los *argei*: una arcaica ceremonia romana», en *Laurea corona. Studies in honour of Ed. Coleiro*, Amsterdam 1987, pp. 37-66.

IUPPITER LAPIS Y EL LAPIS SILEX

por Hipólito-Benjamín RIESCO ALVAREZ

RESUMEN

El *Lapis silex* y *Iuppiter Lapis* eran una misma piedra de sílice que se vería involucrada en las ceremonias de tratados y juramentos por ser un símbolo de Júpiter en dos de sus facetas, la de dios garante de pactos y juramentos y la de dios que gobierna el rayo. Esta relación con el dios del cielo podía otorgarle cierto valor sagrado, pero nunca hasta el punto de convertirla en un fetiche.

Lapis silex and *Iuppiter Lapis* were the same silica stone. It was used in the treaty and oath ceremonies because it was a symbol of Jupiter two facets: as god who guarantees pacts and oaths and as a god who controls the thunderbolt. This relation with the heaven god could give it some sacred value, but never to the point of turning it into a fetish.

Palabras clave: Tratados de paz; Juramentos; Piedra de sílice; *Iuppiter Lapis*; *Lapis silex*.

De sobra conocido es que en época histórica existió en Roma un cuerpo de sacerdotes que recibieron el nombre de *fetiales*. Varrón, que confirma que formaban un total de veinte¹, relaciona su nombre con el sustantivo *fides* y explica el porqué de tal asociación, defendiendo que su nombre se debió al hecho de que se encargasen de velar por la *fidelidad* y el cumplimiento de los pactos internacionales y de los tratados de paz, así como de iniciar las hostilidades contra el transgresor ocasional de los mismos². No obstante, tal etimología parece basarse más en las comprobaciones empíricas del anticuario romano —que podía reparar en la actuación de dichos sacerdotes en sus días—, que en un atinado análisis lingüístico.

G. Dumézil y A. Ernout y A. Meillet proponen que la denominación de los *fetiales* puede derivar de **feti-*, un arcaico sustantivo que significa «fundamento» y que se relaciona con el védico *dhātu* «fundación», el avéstico *da-*

(1) VARRO, *frg. Non*, p. 529, 27.

(2) Cfr. VARR. *ling.* 5,86: *fetiales, quod fidei publicae inter populos praeerant: nam per hos fiebat ut iustum conciperetur bellum et ꝑ inde desitum, ut f<o>edere fides pacis constitueretur. Ex his mittebantur, ante quam conciperetur, qui res repeterent, et per hos etiam nunc fit foedus, quod fidus Ennius scribit dictum.*